

simos a varias cuerdas de allí, tres vigilantes a pitadas alternantes... (Estos vigilantes no pueden arrestar a un golpeado sin traer mucha gente). Pero me temo que estos paréntesis van a cansar al lector más aún que si tratara de leer un libro consagrado como la Divina Comedia o el Paraíso Podado u otra obra bostezable como las quejumbres de Fray L. de León o del constante zonzó Leopardi... Sin embargo, estoy con de León: hay que huírle a los voluminosos dorados y artesonados y buscarse asiento alejado donde le caigan a otro, o entrar en salones donde ya se hayan caído o en que el artista haya esculpido en el piso las peligrosas cornisas. Es de horrorizarse una lectura de la estadística sobre la inestabilidad de las cornisas. El suelo nunca se os cae encima: es el mejor adorno de una casa y por eso en la antigüedad, que es aquella parte del tiempo en que todo se hacía bien, se colocaba un suelo a los edificios haciendo juego con el techo y en dirección opuesta, de manera que el que penetrara—los edificios no son impenetrables—en ellos, tenía el gusto de ignorar continuamente si había puesto los pies—el cojo Agesilao ponía un pie y una muleta, lo que se le perdonaba porque se había hecho querer—en el cielo raso o en el piso. Esto ofrecía la ventaja, nadie me lo va a creer, de... Pero se me ha olvidado esta ventaja: debo haberla leído en algo que se ha escrito, y en el afán de pasarle el libro a otro no he retenido bien el párrafo. Lo que es difícil de retener es al lector: ¿por dónde andará ahora? Uno, al menos y sin pretensión, necesito. Al principio lo había conseguido y no he sabido cuidarlo. Es inmodesto que sea siempre el escritor el que hable, pero yo voy a alistarle un entretenimiento y una dulce complicidad al lector. Hagamos este arreglo:

cada ciento noventa páginas, una de silencio y además que el lector ponga los rótulos a los capítulos y ordene la paginación como le parezca. Que haga cualquier cosa menos ausentarse y sobre todo ausentarse para leer otro libro.

...ignoramos siempre si cumplía años, si nació disgustado, si mejoraba de las enfermedades o moría cada vez; si su vida se prolongó hasta el fin de sus días o pudo la ciencia hacerla concluir antes; si disputó que su deceso era prematuro o se puso del partido de la concurrencia mortuoria que lo lamentaba por lo tardío; si por extremo de puntualidad se presentaba siempre en el lugar de la cita un cuarto de hora antes de llegar o al contrario, tenía reputación de ser el primero en llegar tarde a casa del dentista u otros locales de distracción.

No sé si por algunos excesos de conducta o por observancias poco estrictas en mi régimen de vida cumpliré en breve cincuenta años. No lo he efectuado antes porque cada vez que impacienté el tiempo, adelantando algún acontecimiento, me cambiaron uno bueno por uno malo, como me lo había predicho un amigo accidental que si vive todavía tendrá figuración en mi narrativa; soy adverso a hacer hablar y agitarse en las novelas a personas ya fenecidas. La elección de un día invariable de cumpleaños me ha permitido conocerlo tan bien que aun con los ojos vendados cumpliría mi aniversario.

Alguien dirá:—Pero Recienvenido, otra vez de cumpleaños! Usted no se corrige; la experiencia no le sirve de nada! A su edad cumpliendo años!

Otros juzgarán que el anuncio de mi próximo aniversario va encaminado a incitar a los cronistas sociales para recordarme con

encomios, "Nadie como el señor R. ha cumplido tan pronto los cincuenta años"; o bien: "A pesar de que esto le sucedía por primera vez cumplió su medio siglo el apreciable caballero como si siempre lo hubiera hecho." Alguien con algún desdén: "Con la higiene y la ciencia moderna, quién no tiene hoy cincuenta años." "A su edad no tenía mucho que elegir".

En fin, lo cierto es que nunca he cumplido tantos años en un solo día. Nací el 1º de octubre de 1875 y desde este desarreglo empezó para mí un continuo vivir. La autenticidad de mi condición de solterón en ese momento fue indiscutida, pero yo le añadí el mal humor que la distingue, pidiendo inmediatamente en el idioma que no tiene filólogos el Libro de quejas. Cuando me lo facilitaron tres meses después en una sacristía, me había olvidado de los motivos de protesta fuera de que no habían dejado espacio en el sucio, malhadado y gran tomo los que se habían quejado primero. Puse mi nombre y la fatuidad de tenerlo me distrajo de reflexionar que aquél era el "Libro de Quejas" de la vida.

Este fué mi punto de partida y la fecha que escogí para mis aniversarios. Pero la serie de mis cumpleaños ha sufrido recientemente una variante.

Hace cinco años conocí a la mamá de un amigo rosarino y vine a saber que...

No lea tan ligero, mi lector, que no alcanzo con mi escritura adonde está usted leyendo. Nos va a suceder si seguimos así que nos van a multar la velocidad. Por ahora no escribo nada; acostúmbrese. Cuando recomience se notará. Tengo aquí que ordenar estrictamente mi narrativa porque si pongo el tranvía delante no sucederá lo que sucedió.

Ahora continúo. Me había trasladado a Rosario para hacer anotar en el Libro de Patentes, invento por medio con otros dos inventos míos, uno nuevo (recordará usted que soy inventor y esto justifica ciertos estados de intensidad intelectual—a veces parece dormido en estos paroxismos—durante los cuales mi libro no adelanta nada, como habrá usted advertido). ¿Nota usted que continúo? Pensando en ello en mitad de los rieles del tranvía, iba yo a redondear teóricamente un procedimiento automático para limitar la prestación del fuego de los cigarrillos que me había encargado la Compañía de Fósforos Ya Raspados, cuando sin ninguna dificultad un coche-motor me embistió cerca, pronto y todo. Como yo no abandono un pensamiento tan adelantado, media hora después salía de la Asistencia con mi invento completo y vendado.

No interrumpí tampoco mi cumpleaños, que era ese día. Mas conducido por un amigo a su casa de familia, festejábame en ella el onomástico de la mamá; y fue tanto lo que se conversó que la señora y yo vinimos a entender por qué el día de nuestro aniversario nos había parecido siempre tan estrecho, a causa de que lo ocupábamos dos personas con el mismo suceso. En el acto mi pronta imaginación percibió que había algo que pensar y patentar.

Tengo desde entonces con la señora una combinación, por resorte de la cual debemos ocupar alternativamente el 1º de octubre para día natalicio, a cuyo efecto ella me avisará cada año si le gusta ese 1º de octubre para su onomástico. Yo recomiendo mi combinación aunque hasta hoy no me ha dado provecho; desde entonces la señora no ha expresado su opción por ningún año ni siquiera por ensayar el procedimiento: probablemente teme que falle.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

## Canción del fuego para el fuego

(En el Rep. Amer.)

"Porque el fuego no muere..." Ya Neruda lo escribe...

Ni los fuegos profundos. Ni los fuegos solares.  
Ni el que escala el sueño en silencios ardidos.  
Ni el que agita palabras.

Porque agua, leche y grano, del fuego se levantan,  
y en él cuaja la nube y la cara del niño.  
Porque espanta a la muerte con látigo de rosas,  
y la invita y la sigue.

Por gira en el odio y en el amor descansa:  
ipluma, trino, granada de pólvora y castigo...!  
Respiro del secreto amargo de la tierra.  
Libre color sin límites.

Múltiple diferencia de la expresión y el modo  
que divide a los hombres en vacilantes grupos,  
Pentecostés Eterno descendiendo en la sombra  
como lengua de música...

Orilla de fulgores sobre mares crecientes.  
Temblor de flor errante y de paloma cálida.  
Diente de la nostalgia. Espina del anhelo.  
Vigilia de la sangre.

Perforando horizontes y derritiendo témpanos,  
— ¡señal acusadora en el momento exacto! —  
para ensayos urgentes riega surcos antiguos  
con polen de metrallas.

Cadáveres floridos tendrá la primavera  
entre los brazos dulces, cuando el día se aclare...  
En coágulos espesos recogen sus virtudes  
semillas acunadas.

De formas sin aliento se yerguen formas vivas  
con la línea más recta y la actitud más justa.  
Los pasos del soldado van persiguiendo ideas  
que renuevan el mundo.

Por eso... porque late, y sacude y destruye,  
— ¡fragua de rebeldías, anillo de verdades! —  
en vaho de sollozos flotan mapas futuros  
y luceros intactos...

CLAUDIA LARS.

San Salvador, El Salvador, 1942.